



LOS SUEÑOS POSIBLES

Luis Pérez Visa 2020

Madison se sentía como una advenediza en aquella reunión, no porque el resto de personas le hubieran hecho sentirse culpable de algo o ella quisiera ocupar un papel que no le correspondiera. Muy al contrario aquella velada había resultado de lo más placentera. Lo que ocurría era que se trataba de la primera vez que visitaba España y en particular aquel pueblo: Torres de Berrellén y de alguna forma se sentía cohibida entre aquel grupo de personas extrañas para ella, que entre ellos sí se conocían. Sabía que nadie de su entorno tenía el más mínimo conocimiento de aquel lugar, pero allí se encontraba. No era exacto decir que todos sus conocidos no fueran conscientes de la existencia de Torres; su compañero de vida, Ricardo había nacido allí, aunque después de haberse licenciado en filología inglesa en la Universidad de Zaragoza le ofrecieron una beca que le llevó a Calgary en Canadá; la ciudad partida por el río Bow, cuna de Madison y donde ambos se conocieron y actualmente residían. Hacía tiempo que él le hablaba sin descanso de su tierra, de las aguas del Ebro, de la barca que sujeta a una sirga metálica lo cruzaba y servía como acceso a la margen izquierda del río más largo de España, de la Ermita de Nuestra Señora del Castellar, que a la postre conformaba junto con las escasas piedras que aún se mantenían en equilibrio, la idea de que allí hubo un castillo; del fantasma del pueblo del Castellar, que casi de la noche a la mañana desapareció del mapa, de la proximidad a la Ínsula Barataria descrita por Cervantes y en la que Sancho Panza, según el insigne escritor, resultó ser un fugaz gobernador; del calor estival; del arrebol intenso que llamaba a la noche bajo la mirada atenta del pétreo dios del Moncayo, pero sobre todo de sus gentes, esas poco más de mil personas que vivían en aquella penillanura que había modelado el caprichoso corretear de las aguas a lo largo de los tiempos.

Madison, solo por ver a su compañero tan gozoso, lo daba todo por bien empleado; no es que se hubiera creado grandes expectativas de lo que podía encontrarse, pero para ella era difícil que nada de lo que pudiera ver, le supusiera una amenaza sobre su imagen idílica de Calgary. Se confundía. Era verdad que el nivel de vida en Canadá era notablemente superior a donde ahora se encontraba y que pintiparar la barca que cruzaba el río con la vista desde lo alto de Calgary Tower, pisando sobre un suelo de cristal a más de 150 metros de altura y disfrutando de un cuadro natural de las montañas Rocosas, parecía una temeridad; igual que no había parangón entre Fort Calgary y aquellas piedras que daban miedo mirar, no se fueran a caer, que formaban el castillo del Castellar. En lo que no se había confundido Ricardo era en la hospitalidad de todas y cada una de las personas que componían aquella comunidad y en el exceso de temperatura que agobiaba a quienes por allí moraban. Daba igual dónde fuera, siempre había alguien que le invitaba a algo, le contaba una historia, o sencillamente le hacía sonreír; por eso ella procuraba que no se le notara esa pequeña decepción que le había supuesto conocer esa parte del valle del Ebro, donde el calor en aquel mes de agosto era insoportable, los sedimentos de lo que otrora fuera un mar mostraban, mirara por donde mirara, una tonalidad monocroma

platinada y los mosquitos no paraban de cortejarla con no muy buenas intenciones: tanto de día, como de noche. Ni siquiera a Ricardo se atrevió a mostrarle sus sensaciones reales. Cuando él le preguntaba, ella de una forma natural, sonreía y contestaba: estoy muy feliz. Mediante aquella argucia, no mentía y a la vez se guarnecía de un posible interrogatorio, sobre otros aspectos de los que ella no tenía intención de manifestarse, porque sencillamente no le parecía justo. Una vez que Ricardo se interesó por saber qué era lo que ella se iba a llevar de vuelta, no lo dudó: varios kilos extras en su cuerpo, ya que la cultura gastronómica que estaba viviendo significaba asistir continuamente a comidas, cenas, almuerzos, meriendas y ese hábito que le habían inculcado y del cual ya era fervorosa defensora: el aperitivo, que ella no se perdía por nada del mundo, regado por aquel dulce líquido: el vermut rojo, acompañado de las tentaciones que todo el mundo llamaba tapas. Por si eso no fuera suficiente, había asistido a otro acto que a ella nunca se le hubiera ocurrido: la recena. Era verdad que le suponía un cierto esfuerzo a su cuerpo adaptarse a esos horarios, pero aquellas largas veladas, cuyo término, según le habían explicado, provenía de la palabra vela y que los griegos utilizaban refiriéndose a los intervalos de aproximadamente tres horas en que dividían la noche, a ella no le incomodaban especialmente. Allí se encontraba Madison, alrededor de la medianoche, según el criterio griego o de acuerdo con lo que la cultura romana identificaba como el final de la *nox intempesta*, junto con una veintena de personas, próximos a concluir la cena, cuando como un elixir reconfortante apareció una bandeja con tajadas de melón. Distinguió dos tipos de corteza de fruta: una de color verde oscura y otra cuyo viso se antojaba amarillo, tan pálido, que se diría casi blanco. La mujer canadiense tomó un trozo y se lo llevó a la boca: aquel néctar azucarado y frutado a ella le pareció exquisito, pero fue incapaz de identificar con exactitud lo que sus sentidos le estaban transmitiendo y tan solo pudo apreciar una cosa: aquello le producía una satisfacción que había traducido en su escala como exquisito; la nota más alta que sabía conceder. La sensación refrescante que había tenido en aquel momento, en contraposición con lo que sus sensores térmicos le indicaban relativos a la temperatura en aquel local, le había deleitado; pero desde luego había algo que la tenía subyugada: ese conjunto de sabores abanderados por una sustancia que en Japón conocían perfectamente: el *umami* y que traducido significaba *sabor sabroso*; de hecho, este concepto, aunque ella lo desconocía, era lo que los expertos denominaban el quinto sabor, y que suponía, como a ella le estaba sucediendo en ese mismo instante, que aquellos alimentos que lo poseían provocaran un aumento de la salivación en la boca y una sensación que permitía identificar lo que se está comiendo como algo sumamente delicioso. Por supuesto que había tomado alguna variedad de melón en otras ocasiones, pero no como aquellos; la experiencia le estaba resultando casi mística. La presencia de *umami*, dependía no solo de que el producto fuera capaz de generarlo, sino también de que llegara a producirse debido a unas reacciones químicas y biológicas muy concretas y que no siempre se daban,

aunque en aquella ocasión no se pudiera cuestionar que todo cuanto tenía que ocurrir para producirlo, había sucedido. La sensación fue tan intensa que Madison se vio en la obligación de contarlo a los allí presentes:

—Perdonen, pero debo de decirles que esta fruta que estoy tomando está realmente cojonuda.

Todos se echaron a reír al escuchar aquello. Era verdad que existía un afán en algunos vecinos por convertirla en una mal hablada y, fruto de eso, ella utilizaba de forma casi indiscriminada adjetivos como *cojonudo* o expresiones como *puta madre* o *puta mierda*, pero tenía razón en el fondo de la cuestión; como todos ellos sabían, los melones que se criaban en aquella zona resultaban excepcionales. Antaño, los pueblos próximos de la ribera competían por la bondad de su aquella fruta lo reflejaban entre otras consideraciones, las coplillas populares, aunque como en toda vecindad, dependiendo de quién las hiciera, se repartieran lisonjas o desaires:

*Los gatos son de Casetas,
en Alagón hay melones
y en Torres de Berrellén,
los mejores y a montones.*

—No te imaginas lo cerca que has estado de no probarlos nunca en tu vida. Jesús, quien estaba próximo a la mujer, fue quien contestó a aquella extravertida confesión y acto seguido se lanzó a narrarle la historia que todo el pueblo sabía; al menos en su síntesis.

—Imagínate ahora que vives en este pueblo en 1960. ¿Qué es lo que ves?

—No sé, ¿a sus abuelos trabajando en los campos?

—Seguramente, porque desde luego no estábamos ninguno de quienes nos encontramos hoy aquí, pero lo que yo veo es gente que tiene sus huertos y que comen lo que ellos producen. Por eso diferencian perfectamente sus patatas, sus tomates o sus judías de las que se toman en otros lugares. Son conscientes de que quizá no sean mejores o peores, pero saben distinguir un producto de otro. ¿Podrías tú hacer hoy lo mismo? No te molestes en pensarlo, Madison; la respuesta es no, ya que la mayor parte de lo que comemos pertenece a una misma variedad o un reducido número de ellas: las más rentables no las mejores para el consumidor, sino las que mejor se conservan, las que menos cuestan producirse o las más resistentes a enfermedades.

—Perdone, Jesús, ¿pero qué tiene que ver todo eso con el melón que tanto me gusta?

—Además de ser un melón excepcional, hemos llegado a un punto en el que todo tiene que tener un único sentido; parece que solo se puede producir lo aparentemente mejor y nos olvidamos de la biodiversidad; desde niños nos van preparando para ser rentables y no nos proporcionan una educación suficientemente global, sino que poco a poco, sin que nos demos cuenta, nos van dirigiendo a una especialización cada vez más concreta. El resto de cosas que existen en la vida no nos interesan porque ya se preocupa otra gente. Si mañana ocurriera un cataclismo de gran magnitud, muchas de las especies vivas tendrían opciones de superarla; el ser humano, si no pudiera utilizar la tecnología apropiada, lo tendría muy difícil. No obstante, volviendo a tu pregunta he de decirte que a finales de los años sesenta, el cataclismo ocurrió.

Madison miraba a todos cuantos allí estaban esperando para que le desvelaran aquel acertijo. Fue Chuma quien retomó el hilo conductor de la historia, aunque a la mujer el comienzo de la misma aún pareció confundirle más.

—Volvamos más atrás, mi querida amiga. Conjetura con que nada de esto donde estamos ahora existiera. Imagina que nos encontráramos intramuros de aquellas ruinas al otro lado del río, en el castillo del Castellar en el año 1110; en lo que era una villa próspera que servía de resguardo de los acosos de las tropas musulmanas, que no querían que se tomara Sarakusta o Medina Albaida, como la conocían cristianos o musulmanes en manos del rey cristiano Alfonso I el Batallador. Si me has hecho caso y te imaginas viviendo la dureza del final de *la alta edad media*, serás capaz de ver a una mujer cautiva en el interior del castillo. No es cualquier persona, es la mujer del rey Alfonso I el Batallador y por lo tanto reina: Doña Urraca de León, conocida como la Temeraria: un ser de carácter, que odia a su marido y que espera que su amante el conde Gómez González, derrote a su propio esposo en Fresno de Candespina, cerca de Sepúlveda en Segovia. La verás inquieta y maltratada por quienes la custodian, como así lo ha dejado claro su marido Alfonso. Los días parecen años para Urraca, hasta que el día 28 de octubre llega hasta su palomar un ave mensajera. Se le nota la inquietud de quien sabe que lo que cuenta el papel que porta aquel animal, significa su vida o su muerte. —En ese instante Chuma paró su relato unos segundos—. Lo retira de la pata, lo abre y lo mira con ansia: su amante Gómez González ha muerto en la lucha y la batalla de Candespina la ha ganado su marido.

¿Te imaginas su estado de ánimo? Teme que en un par de semanas, el rey se presente ufano donde ahora se encuentra, sabedor de que ella está totalmente derrotada a expensas de la misericordia que él quiera mostrar. No duerme, no come y ahora esperando posiblemente a la muerte, se refugia en su confesor y en Dios. Las horas de sol en un comenzado mes de noviembre son cortas y eso aumenta su desasosiego, sumida en sus pensamientos dentro de la oscuridad; el viento que azota

sin descanso aquel castillo se cuela impetuoso creando una sensación de frío incombustible a la vez que produce esa música que a ella le aterra. Es entonces cuando cae en un estado que le lleva a ver visiones del futuro; que las siente tan intensas que las cree reales, de forma que decide anotarlas por si estuviera tocada por el mismísimo Jesucristo y él le pidiera que lo contara a los hombres. En sus visiones ve desastres, solo desastres. Y los va narrando. Así por ejemplo describe la llegada de una epidemia que mataría a no menos de la mitad de la población, lo que en efecto ocurrió en 1348 y que segó la vida de entre la mitad y las tres cuartas partes de quienes vivían en El Castellar; predijo la desaparición de la propia villa del Castellar, aventurando que las calles no tendrían más morador «que ese maldito viento que viene del Moncayo»; en esto también acertó y la villa fue arrasada por tropas procedentes de Zaragoza en 1466, a causa de las disputas entre la ciudad de Zaragoza y la Casa de los Cerdán, quienes eran los dueños de la villa en aquel momento. Los hechos se cree que pudieran haberlos narrado en los documentos que se conservaron como *“Las historias que el Señor me contó”* y que lamentablemente desaparecieron tras la invasión napoleónica a principios del siglo XIX. Y por fin llegamos a uno de los sucesos que doña Urraca identificó y a pesar del extravío del escrito original, todo el pueblo conoce como las *“admoniciones de la pérdida de las cosechas del melón hasta desaparecer”*. Parece ser que esta fruta era muy apreciada en la villa del Castellar, por lo que fue ampliamente cultivada y siguiendo la fórmula tradicional de conservación de esta fruta en la zona, se colgaban los melones de las vigas de las casas mediante cuerdas o aneas para que se mantuvieran en perfecto estado hasta finales de año y según tenían costumbre, los consumían en la despedida del año en nochevieja. Doña Urraca debió de escribir algo parecido a que llegaría un día en que las plagas no dejarían sano ni a un solo melón y eso sucedería durante varios años, lo que traería la ruina a las gentes. No se equivocó, si es lo que vio y escribió, ya que durante finales de los años sesenta del siglo XX; y eso es el origen de lo que contaba Jesús: una plaga de mosca blanca arrasó las cosechas de melones, durante años seguidos; haciendo que quienes los cultivaban desistieran de hacerlo y la variedad Tendral de Torres, sencillamente dejó de existir. Paralelamente y en esos mismos años, una política de dudosa ética llevó a cerrar de forma tajante muchas azucareras y con ellas los cultivos de remolacha que las abastecían, incluida la del vecino Alagón. En esto también acertó aquella reina y si la pérdida del melón fue un drama sentimental más que material, el abandono de los recursos derivados de la remolacha, junto con la desaparición de los puestos de trabajo de las familias que vivían de la fábrica, fue un movimiento sísmico social.

—¡Pero hoy hemos comido melón de Torres! ¿O no era melón de Torres? — Madison preguntó.

Como en una carrera de relevos, Chuma paró su relato y pasó el testigo a Jesús, quien le dio un nuevo impulso.

—Se perdió, al menos durante cuarenta años, y nadie volvió a comerlo. Fue una pena porque la fama que había adquirido aquel producto no se merecía un final así. Venían de lejos a comprarlo y se lo llevaban primero en carretas y luego en camiones. Tuvieron que ser unos momentos fantásticos en los que el pueblo se sentía importante al saber que la gente cuando iba al mercado solicitaba melones de Torres de Berrellén; no de otro sitio. Pero aquello se acabó, aunque cada verano, cuando llegaba la fruta a la mesa y se servía, todos los vecinos del pueblo se recordaban que como el suyo, ninguno. Y así crecimos desde niños cuantos estamos hoy aquí, con el cuento de que nuestro pueblo fue famoso no hacía tanto por producir una variedad de melón única. La visión de aquella reina nacida en León hacía cerca de mil años se había cumplido. No importaba si aquello había sido producto de sus miedos, del despecho, de las alucinaciones o de la apertura de una ventana espacio temporal. Ella, no obstante, no contaba con una fuerza invisible pero poderosa, la que aportan quienes se niegan a que las cosas no puedan remediarse: la de los soñadores. Y empezamos a fantasear; primero Chuma y yo, pero al poco tiempo éramos quienes vivimos aquí, los que decidimos que solo si enloquecíamos y creábamos nuestras nuevas reglas, aquello que nos había hecho sentirnos importantes en otro tiempo, podía volver a la vida. Casualmente un vecino nos contó que había contactado, según él con el duende *Zaborí*, que parece ser que es quien se encarga de las cosas perdidas y dijo que le escuchó atento, observando su sombra para saber si era merecedor de su ayuda. Yo particularmente a aquel suceso le di poca credibilidad, pero es verdad que no había pasado mucho tiempo, cuando Chuma coincidió con un técnico agrícola, que se quedó intrigado por nuestro sueño y nos ayudó a poner en marcha una estrategia de recuperación y vuelta a la vida. Debía de ser la reencarnación de Asclepio, aquel médico griego, que consiguiera devolver la vida a Hipólito y cuya osadía le llevó a la muerte fulminante producida por un rayo.

Madison se sentía atrapada por aquel cuento, o lo que fuera que le estaban insuflando. Ahora sí que era capaz de sentir empatía con todas aquellas personas con quienes estaba compartiendo aquellos días y con los escenarios que le rodeaban. El castillo no era ya un montón de piedras; era la cárcel llena de miedo y odio de la reina Urraca, el río se convirtió en la barrera que separaba dos mundos: el de la villa olvidada que escenificaba el Tártaro y el del lugar de los vivos que podía sentirse en el pueblo en el que se encontraba; no podía ser de otra forma, ya que el punto desde el que la barca que tantas veces Ricardo le había contado que cruzaba a la otra margen, camino de la villa desolada del Castellar partía, lo hacía desde una plantación de álamos como estaba descrito en la geografía del Averno. Las ensoñaciones de la mujer canadiense se vieron cortadas de nuevo ante la intervención del otro relevista, cuando Chuma recuperó la historia, lo que le obligó a girarse hacia donde él se encontraba:

—Contactamos con especialistas en diversas áreas de la agricultura y nuestro primer reto fue conseguir semilla de aquellos frutos no cultivados desde hacía cuarenta años para poder intentar la resurrección. No fue posible garantizar que a lo que disponíamos se le pudiera considerar representativo del melón de Torres, pero como digo, el impulso que nos alimentaba era tan fuerte que no nos pareció un inconveniente, sino un reto y dejamos aquellas semillas junto con una copiosa cantidad de ilusión, aguardando el verano. Durante aquel tiempo, empatizamos con la zozobra que debió de sentir la reina Urraca la Temeraria, con lo que a nosotros, aquellos meses se nos convirtieron en vidas. Esperábamos a la paloma mensajera que nos trajera noticias alentadoras. Y un día de agosto llegó a nuestro palomar el primer melón; lo quitamos de la pata de aquel pobre animal y procedimos a evaluar lo que la fruta nos quería decir. No lo hicimos solos, sino que nos rodeamos de las personas que por su edad habían tenido la oportunidad de comer aquello que tanta fama nos dio. Madison, imagínate el nerviosismo de cuantos participaron en aquella degustación, esperando reconocer al hijo perdido. La realidad, como le ocurriera a aquella reina, nos sumió en la desesperanza: habíamos perdido aquella batalla y no sabíamos si, como a Asclepio, un rayo nos iba a azotar de tal forma que llegáramos a pensar que habíamos pagado cara nuestra osadía. Si escuchábamos bien, incluso podíamos sentir el regocijo burlesco de la reina Urraca por habernos atrevido a intentar modificar el destino y, cómo no, las de aquellos dioses que se mofaban de nosotros por intentar devolver a la vida lo que estaba muerto y escrito en los muros de bronce caligrafiados por Atropos, la Moira cuyo trabajo era cortar el hilo de la vida y cuya etimología significaba inevitable.

De nuevo Jesús hizo que cuantos estaban en aquella conversación dieran un giro a sus cabezas cuando interrumpió a Chuma.

—Pero no nos rendimos y cuando todo parecía perdido, la reencarnación de Prometeo, burlando a aquellos dioses, nuevamente ayudó al ser humano; en otro momento nos regaló el fuego, ahora encarnado en uno de nuestros vecinos: Andrés Ferrer, nos trajo las semillas que él conservaba como su máximo tesoro a la espera de un momento apropiado. A él le pareció que había llegado y pudimos plantar aquel puñado de semillas. Llegados los calores del siguiente agosto, reunimos de nuevo al mismo grupo que había descartado los melones de la cosecha anterior y cruzamos los dedos, contuvimos la respiración, le pusimos perejil a San Pancrancio y depositamos nuestra rosa de Jericó junto a algunas gemas en aquel lugar a la espera de que entre todos esos amuletos se irradiara algo de fortuna en forma de satisfacción a la hora de probar aquellos melones. No sé si producto de los fetiches o simplemente de que las semillas eran las correctas, todos cuantos los probaron certificaron que aquello sí que era lo que habían degustado hacía tantos años. El júbilo se apoderó de todos cuantos tuvimos la suerte de participar en aquel experimento y entonces nos pareció que un vigoroso viento, del que antes no

éramos conscientes, nos azotaba y nos maldecía por haber cambiado el significado de aquellas profecías de la reina Temeraria. Tampoco podía importarle tanto a aquel ser, ya que en vida el Papa había anulado su matrimonio con Alfonso I y de cualquier forma la propia Iglesia tenía marcado que aquella relación era tan solo hasta que la muerte los separara y hacía mucho de aquello. así que aquel resentimiento a esas alturas no tenía sentido que desembocara en perversión. El resto de lo sucedido se reduce a dos palabras: trabajo e ilusión. El trabajo que supuso mimar aquellas semillas, año tras año, con la esperanza de disponer al fin de un producto que nos hiciera sentir orgullosos de que llevara el nombre de nuestro pueblo y la ilusión de haber hecho feliz a mucha gente ante un reto que parecía imposible.

Madison intervino al llegar a aquel punto.

—Perdonen, pero no entiendo. ¿Qué le ocurrió a la reina Urraca?

Chuma miró a Jesús, esperando saber si era él quien se sentía más seguro de la forma de contestar a lo que la mujer canadiense les demandaba. Viendo que su amigo se encogía de hombros, Chuma entendió que debía de ser él quien saciara su curiosidad.

—Madison, lo ocurrido en la edad media en la mayor parte de las ocasiones forma parte de lo que se entiende como tradiciones, que están más próximas a las fábulas que a la realidad; así que lo que te voy a seguir diciendo y probablemente lo anterior, no lo deberías de tomar como algo exacto.

—De acuerdo. Pero dígame qué le pasó a la Temeraria mientras estuvo en el castillo del Castellar.

—Cuentan que dada la edad del Alfonso, quien por aquel entonces tenía casi cuarenta años, dentro del séquito que formaba la corte de este, existía la sospecha fundada de que el rey era incapaz de tener descendencia con ninguna mujer. Por ese motivo y dada la enemistad manifiesta entre ambos cónyuges, desde círculos próximos al rey; sin que este fuera consciente, decidieron solucionar el inconveniente y ordenaron fecundar a la reina mientras Alfonso permanecía lejos del Castellar. Cualquier cosa que ella pudiera contar sobre algo así podría ponerse en duda, bajo la premisa razonable de que lo hacía por enfrentar al rey con su entorno. Se pusieron manos a la obra y la mujer fue ultrajada repetidamente hasta que quienes urdieron el plan sintieron cierta tranquilidad respecto a que aquello fructificaría.

Como puedes imaginar, lo que menos le importaba a esa mujer, una vez conocidas las noticias sobre lo que le esperaba a la vuelta de su marido, era lanzar acusaciones

respecto al comportamiento de quienes la habían custodiado: bastante tenía con capear las iras de quien volvía tras haber derrotado y asesinado a su amante.

Los actos cometidos sobre ella durante las semanas anteriores repentinamente los sintió como su salvación, aferrándose a la idea de que efectivamente quien fuera le hubiese proporcionado un hijo que poder aportar como un bálsamo ante el rey, para que la ira de este se convirtiera en otra cosa más acorde a sus esperanzas. Para su fortuna, se quedó embarazada y aunque no estuviera totalmente segura de ello cuando Alfonso se presentó ante ella, tras las primeras burlas por parte de él, Urraca le dio la noticia. Ciertamente, el efecto fue inmediato. El rey no se esperaba algo así. La miró y tras unos momentos de indecisión le advirtió que no debía de jugar con algo tan sagrado como la descendencia. Urraca, de repente, después de tanto tiempo sumida en la idea de que su mundo se venía abajo, se sintió aliviada e intentó sacar provecho de esta nueva posición. En realidad ella no estaba interesada en tener un nuevo hijo. Ya le parecía bastante el trabajo que le estaban dando los que ya tenía: Sancha y Alfonso, nacidos de su anterior matrimonio con el conde Raimundo Raimundez de Tolosa. Era una mujer excepcional, posiblemente a cualquier otra persona con aquel golpe de suerte le hubiera parecido suficiente, pero a ella no y le ofreció a cambio de la continuidad de la dinastía aragonesa la renuncia a su hijo. De forma que ella se encargaría de regir lo que tuviera que ver con las tierras de sus padres en Castilla, León y Galicia. A Alfonso, lejos de parecerle una locura aquella proposición; temiendo que pudiera ser la última oportunidad de dejar cerrada su sucesión, accedió a las pretensiones de su esposa. Por las causas que fueran, Urraca perdió al bebé y todos sus planes se vinieron abajo debido al malparto y con él ella perdió su tranquilidad. Esta vez Alfonso, harto de lo que le parecían continuas provocaciones, la recluyó de nuevo y para no tenerla cerca, la mandó al Palacio Fernán Núñez en Soria.

Durante el relato de Chuma, nadie se había atrevido a interrumpirlo; ni las chicharras que muchas noches estridulaban inflando y desinflando sus timbales en esta ocasión quisieron perderse aquello, ni los búhos que a veces mostraban su presencia, ni tan siquiera las polillas armiño que nunca faltaban a su atracción por la luz de las bombillas. Era como si todo ser viviente quisiera conocer lo ocurrido allí hacía cerca de nueve siglos.

Jesús le dio un respiro a su amigo e intervino de nuevo.

—Y allí llegaron la segunda parte de sus visiones, desde la distancia. En esa ocasión no se cebaron con el Castellar, sino que las dirigió hacia el sueño de Alfonso: Sarakusta, en ellas vaticinó que la ciudad sería de Alfonso, pero que un día las águilas del norte arrasarían la ciudad, en lo que a posteriori podría ser la referencia al saqueo que las tropas napoleónicas realizaron en Zaragoza después de los sitios de 1808; o que la torre de la más alta iglesia se derrumbaría por castigo del mismísimo Dios, en

referencia al rayo que tumbó el chapitel de la espadaña en 1850. No acabaron ahí los vaticinios, destacando dos: en el primero ella presagió que un antipapa nacería en «este reino lleno de intrigas y gentes de moral perniciosa». Es verdad que los antipapas fueron una figura emergente previo y durante la edad media, pero efectivamente en esto también atinó y don Pedro Martínez de Luna y López de Gotor, también conocido como el Papa Luna, nació en Illueca en 1328; proclamado papa de Aviñón en 1375 bajo el nombre de Benedicto XIII y condenado como hereje y antipapa en 1415 durante el Concilio de Constanza. Famoso por generar la frase: «*mantenerse en sus trece*» en referencia a que jamás dio por finalizado su papado a pesar de lo ocurrido en 1415 y, por lo tanto, siempre se hizo llamar Benedicto XIII.

El último augurio a ella le pareció demoledor: «Tras la muerte de mi marido, la ciudad que tanto ansía blasonará bajo mi enseña para siempre». Y así lo quiso el destino, ya que en 1134 el año del fallecimiento de Alfonso, el hijo de doña Urraca, Alfonso VII, tomó la ciudad de Zaragoza con el pretexto de defenderla de posibles ataques musulmanes. Dos años estuvo bajo el mandato del rey castellano leonés y tras ese tiempo llegó a un acuerdo para retirarse de la misma con la condición de que aquella ciudad siempre tuviera en su escudo el emblema del león para que todo el mundo supiera que había estado bajo su reinado.

Mención aparte debe de tenerse las amenazas a quien ella culpaba de su ultraje: el que fuera *ayo* de su marido, D. Lope Garcés “Peregrino”, y que ella apodó “la alimaña”. Le juró odio eterno y le aseguró que ella misma daría muerte a su sucesión: costara lo que costara y sin tener prisa por hacerlo. De esta forma quería mantener a don Lope, quien posteriormente fuera *tenente* de Pedrola y Primer señor de la casa de Alagón en continuo estado de alarma hasta su último suspiro. También debió de cumplir la promesa doña Urraca y de alguna manera esperó hasta 1239, cuando D. Artal III de Alagón, séptimo señor de Alagón y segundo señor de Sástago y Pina, descendencia directa de D. Lope Garcés, cayó abatido en la localidad de Sax en Alicante por una soberbia pedrada propinada por alguien que al tiempo que lo mataba al parecer gritaba desde las alturas: «Cumpló mi promesa alimaña».

No quiero que te apesadumbres en exceso, Madison, con estas crueles historias y es por eso que desearía contarte bajo otro punto de vista más romántico la relación de Alfonso y Urraca. Pudiera ser que el Arcipreste de Hita, a quien no sé si conoces, pero es referencia en la literatura española y que vivió dos siglos después de los acontecimientos que te contamos, pensara en la relación entre ellos en su *Libro del buen amor*, en un pasaje entre don Melón y doña Endrina. Madison, fíjate en las coincidencias: el melón como te hemos indicado era la fruta estrella en nuestra tierra en la época de aquellos reyes, por lo tanto, no sería descabellado identificarlo con El

Batallador, el rey de la tierra de los melones. Escucha Madison lo que se dice de él en el libro:

*“El mejor e el más noble e de beldat
es don Melón de la Uerta,
mancebillo de verdat,
a todos los otros sobra en fermosura e bondat.
Todos quantos en su tiempo en esta tierra nascieron
en riquezas e en costumbres tanto como él non crecieron”*

Ella es doña Endrina, no creas que se trata de una casualidad, ya que Urraca había reinado como condesa de Galicia con su primer marido: el conde Raimundo de Borgoña en aquellas tierras antes de su matrimonio con Alfonso y las gobernaría junto con su hijo posteriormente. Curiosamente las endrinas son una de las representaciones de aquellos lugares, si bien ellos las llaman «abruños» y del que fabrican su licor correspondiente. Como puedes ver, la concordancia es muy grande y en el libro se dice de ella:

*“Doña Endrina que mora aquí en mi vesindat
de fermosura e donayre, et de talla e de beldat
sobra e vence a todas quantas ay en la cibdat...
...A persona de este mundo yo non la oso falar
porque es de grand linaje, et dueña de gran solar,
es de mejores parientes que yo e es de mejor lugar
en le desir mi deseo non me oso aventurar”*

Así que como en toda demostración y, expuestos los argumentos, solo queda el corolario, que podemos definir en esta ocasión como: los sueños posibles se convierten en realidad.

Madison, quien aún permanecía con los ojos abiertos de par en par y en vista de que aquella pareja que había amenizado la velada, daba por concluidas sus exposiciones, tomó la palabra:

—Lamento decir que yo no tengo una historia tan interesante sobre Calgary, en la que un pueblo entero se haya sentido partícipe de algo tan peculiar y si soy sincera les diré que hasta este momento no he acabado de sentirme integrada con ustedes; pero permítanme que les diga que *son unos tipos de puta madre*, que hacen que una cosa tan insignificante como comer una fruta, parezca el mayor de los regalos; como si fuera la ambrosía que los mismísimos dioses comen. Cuando lo cuente a mis amigos canadienses, seguro que creen que exagero.

Y allí terminó la velada.

Tras aquella noche de magia romántica, Madison comenzó a sentirse inquieta por conocer más sobre la historia de aquellos lugares y tal fue su empeño que no le quedó otro remedio a Ricardo que acompañarla a visitar lo que él identificó como la *Zaragoza monumental*, que no era otra cosa que la visita a los lugares medievales de la ciudad: el barrio judío entre la calle de don Jaime y la plaza de la Magdalena flanqueado por el coso que en algún momento se llamó de la judería, las murallas, la catedral de la Seo y por fin el Palacio de la Aljafería. Fue en esa última visita guiada, cuando conoció la existencia de la *torre del trovador* y la leyenda escrita por Antonio García Gutiérrez en 1836, que daría posteriormente pie a la ópera de Giuseppe Verdi: *Il Trovatore*. Aquella revelación le produjo a Madison la sensación de que aquellas tierras no eran sino un hontanar de historias magníficas que no paraban de asombrarle. Por eso, aquella misma tarde visitó la librería de don Juan Repilando en la calle San Gerónimo y buscó el libro de Antonio García Gutiérrez. Por suerte lo encontró. No perdió el tiempo y aquella misma noche se imbuyó de los acontecimientos descritos relativos a doña Leonor y a don Manrique, el trovador, junto con su madre adoptiva, la gitana Azucena. Conforme lo iba leyendo todo parecía cobrar una vida coincidente, que a ella le parecía imposible que a nadie se le hubiera ocurrido nunca. La historia era el colofón de cuanto le habían contado. Estaba descrita con tanto detalle...

La tarde siguiente tuvo la oportunidad de ser ella la protagonista de la reunión, de nuevo se juntaron las mismas personas que en la anterior y otra vez la comida era el centro de atención: una barbacoa que fue marcando su ritual; primero con el olor de la leña de carrasca, como si aquellos maderos también produjeran *umami*; solo era el principio que les fue preparando para la siguiente andanada: el aroma del ternasco mientras se doraba y por si fuera poco el de los chorizos y longanizas torrándose entre las brasas. Daba igual el apetito que se tuviera; aquellas sorprendentes impresiones olfativas no daban opción a otra cosa que no fuera probar el producto que se estaba cocinando. Lo primero era lo primero. Así que solo cuando las viandas comenzaron a producir una sensación en el cerebro que indicaba que el organismo ya había consumido suficiente alimento, fue cuando Madison comenzó con la misma parsimonia que lo hicieran Chuma y Jesús a contar sus descubrimientos: sin prisa y sin que quienes le estaban escuchando pudieran percibir su nerviosismo interno. No quiso enlazar lo escuchado el día anterior con lo que tenía que contar, quería que fueran poco a poco saboreando algo que a ella le parecía apasionante.

—Ayer Ricardo y yo estuvimos visitando Zaragoza.

Tampoco es que aquella revelación causara ningún impacto. Visitar la ciudad más importante de toda la comunidad autónoma que se encontraba a unos veinte kilómetros formaba parte de lo que un turista debía de hacer.

—¿Te gustó o aún prefieres Calgary?

No respondió a aquella provocación.

—Me pareció más grande que Torres.

—Veo que tienes buen ojo para identificar superficies.

—Me pareció muy bonita la catedral.

—¿Cuál de ellas, ya que tiene dos?

Madison se dio cuenta de que no se lo iban a poner fácil.

—La catedral donde se nombraban los reyes en la edad media. Comimos por el tubo y he de decir que había mucho ambiente. Lo que no entendí fue ese afán por vender caramelos para dinosaurios. Lo que ustedes llaman «adoquines», algo imposible de terminar en una sola vida. Aunque probablemente lo que más me gustó fue la visita al Palacio de la Aljafería. Tuvo que ser un privilegio vivir la época dorada de su esplendor; colmado de todo tipo de comodidades e incluso con su foso convertido en un zoológico de especies exóticas como elefantes, cocodrilos, jirafas... Aunque no fue eso lo que más me subyugó. ¿Sabían que la torre más próxima a la ciudad y más alejada del río Ebro se llama *la torre del trovador*?

Hubo de todo ante aquella pregunta en los miembros de aquel grupo de amigos, hasta que Elena en vista de que nadie respondía, contestó.

—Naturalmente, y también conozco que la leyenda que identifica a esa torre sirvió de inspiración a Verdi para componer la ópera *Il trovatore*.

—Estupendo. Veo que conocen bien su ciudad. ¿Entonces conocerán en qué consiste la leyenda?

De nuevo caras de sorpresa. Aquel examen al que les estaba sometiendo la mujer canadiense empezaba a ponerles en entredicho. Elena volvió a contestar.

—No. En realidad no sé en qué consiste la leyenda.

Nadie más aportó nada, esperando que Madison les sacara de su ignorancia.

—Está bien, si me vuelven a conseguir algún trozo de melón de ese que tienen ustedes, comenzaré a explicarles el argumento y por qué deberían de estar más interesados en ella.

No tardaron en abrir uno de los melones en los que al penetrar el cuchillo sonaba como si fueran las entrañas mismas de la tierra quienes se abrieran para ofrecer su mejor regalo. Una vez convenientemente descortezado, se repartió en varios platos. Madison había conseguido subyugarlos, manteniendo ese *impasse* en el que las expectativas comenzaron a crecer, pensando que algo que ellos desconocían podía

resultarles interesante. ¿Qué tendría que ver el Palacio de la Aljafería de Zaragoza con su pueblo?

—La leyenda descrita en la ópera es algo distinta a la originaria, aunque está basada en ella. Verdi se enteró del gran éxito que había tenido en España la obra del escritor español: Antonio García Gutiérrez, que había sido estrenada en 1836, por lo que le encargó a su autor de libretos de ópera de confianza, Salvatore Cammarano, con quien había trabajado en la creación de otras óperas, que basándose en la obra *El trovador* de García Gutierrez realizara los arreglos necesarios para poder estrenar *Il trovatore*. De ahí que el italiano la modificase a su antojo, aunque mantuvo algunos escenarios originales como *la torre del trovador* del Palacio de la Aljafería. No pudo concluir, pues Cammarano falleció antes de terminarla, aunque al fin Verdi la estrenó el 19 de enero de 1853 en Roma, constituyendo un éxito de crítica y público.

Jesús cortó el relato de la americana.

—Está muy bien todo esto que nos estás contando, pero no veo qué tiene que ver con nosotros. Tú nos has dejado entrever que de alguna manera nos afecta.

—*Good things happen to those who wait*. Perdonen, pero los refranes los digo en inglés.

—Vale. No interrumpo más. Sorpréndenos

—El caso es que lo realmente importante, más allá de encender la luz de la ciudad de Zaragoza en el mundo gracias al éxito de *Il trovatore*, es la propia historia original, la de García Gutiérrez. En ella narra los amores entre una dama llamada Leonor y un trovador de nombre Manrique a principios del XV, que como imaginarán, no son fáciles; por la diferencia de clase social y porque don Nuño de Artal, conde de Luna, está locamente enamorado de Leonor, aunque esta no esté de acuerdo con eso.

Aquí comienza lo bueno: ¿no les resulta conocido el nombre del conde? Nuño de Artal, conde de Luna. ¿Acaso no conocen una familia de nobles próxima a este pueblo con tradición en el nombre Artal? Ustedes me lo contaron cuando me hablaron de las profecías de doña Urraca. «Aquel noble que murió tomando la ciudad de Sax en Alicante en 1239. D. Artal III de Alagón, séptimo señor de Alagón y segundo Señor de Sástago y Pina, descendencia directa de D. Lope Garcés». Los predecesores de los condes de Sástago. En la época que nos sitúa el dramaturgo, en vida de don Artal VIII de Alagón y Luna, séptimo Señor de Sástago y camarleno de Aragón.

Aquello tampoco es que fuera una locura de noticia, pero bueno podía hacer referencia al linaje de los Alagón, que luego obtendrían uno de los títulos nobiliarios más importantes de Aragón, el condado de Sástago, siendo el primer conde don

Blasco de Alagón y Lanuza. Era cierto que el personaje de la leyenda del trovador como tal no existía con el nombre de Nuño de Artal, pero cabía la posibilidad de que se refiriera a don Artal VIII, ya que en la narración se hablaba del conde de Luna, lo que en realidad también era ya que su madre lo había sido.

Elena fue quien le interrumpió esta vez.

—Madison, perdona, pero más allá de hablarnos de la nobleza de la casa de los condes de Sástago, no entiendo qué tiene que ver con nosotros.

—Allá vamos: todos somos conscientes del odio que residió en el corazón de doña Urraca, esposa de Alfonso I el Batallador, hacia los Señores de Alagón; creo no confundirme cuando digo que ustedes contaron cómo en su profecía se vengó con la muerte de Artal III de Alagón. Imaginen que no se hubieran perdido para siempre las visiones que me contaron y que alguien al leerlas quisiera terminar de contarlas. Posiblemente lo haría utilizando la metáfora como argumento. Por eso es importante situar a los personajes: don Nuño, un descendiente de la dinastía de los Señores de Alagón. Ahora empieza lo realmente interesante; el trovador y Leonor huyen a refugiarse: ¿saben a dónde?

Ahora sí que los tenía cautivados. De nuevo aquel silencio expectante.

—Al castillo del Castellar. No a otro; al Castellar. Aquí al lado, a esas ruinas que miran casi con desdén todos los días. Y es allí donde unas tropas procedentes de Zaragoza sitian y toman la fortaleza. Como consecuencia de aquello prenden al trovador y lo llevan a la torre de la Aljafería.

En ese momento Madison hizo una pausa.

—En realidad les he dejado de contar una parte importante de la historia. Tan importante que en el libreto de la ópera es la principal. Dos personajes son el comienzo y el final de la leyenda: dos gitanas tratadas de brujas; una madre y una hija. Una madre que se siente injuriada y que es quemada al principio de la historia y una hija que busca la fórmula de vengar a su madre. A la segunda la retienen en las proximidades del castillo del Castellar. ¿No lo entienden? Esa es la reencarnación de la madre quemada que bien podría representar a la reina Urraca cuando fue maltratada en el Castellar y una hija que es el brazo ejecutor de sus maleficios. Por fin, la hija muere satisfecha de haber encontrado la forma de vengar a su madre. En la obra esto se consigue haciendo que sea don Nuño, desconocedor de que el trovador es su hermano desaparecido cuando era un bebé, el que lo mande ejecutar cortándole la cabeza.

Al fin hubo una exhalación grupal y todos se miraron mutuamente. ¿Quién no había oído hablar de la ópera de Verdi? Aquel descubrimiento les hizo tener la necesidad

de ver la ópera en su totalidad. Ninguno de ellos la había visto nunca. Por eso a nadie le extrañó cuando Chuma retomó la conversación.

—¿Qué os parece si mañana vemos todos juntos *Il trovatore* aquí mismo?

—Una idea magnífica.

Madison había conseguido devolver aquel regalo que días atrás le habían ofrecido a ella, lo que la convirtió al fin en una integrante más del grupo; no era ya la mujer de Ricardo, ahora para todos era únicamente Madison.

Ricardo y Madison embarcaron en el pequeño aeropuerto de Zaragoza con la idea de viajar al aeropuerto de Stansted en Londres y posteriormente trasladarse a Heathrow para volver a Calgary. Ella se sentó en el lugar próximo a la ventanilla y se dispuso a colocarse los auriculares, de forma que le permitieran disfrutar del viaje con la música que le gustaba. La aeronave, comenzó su movimiento realizando la rodadura con el consiguiente aumento vertiginoso de velocidad hasta que realizó la rotación y todos cuantos estaban en aquel aparato se separaron del suelo tomando una inclinación que era el exponente inequívoco de que el vuelo había comenzado; fue cuando el avión parecía estabilizarse cuando distinguió el pueblo donde había pasado unos días. Proyectó su vista con objeto de recordarlo más firmemente cuando algo le llamó la atención: próximo a Torres de Berrellén, al otro lado del río pudo distinguir perfectamente un castillo amurallado en su totalidad; no unas ruinas, sino un enclave enteramente construido y próximo a él, le pareció ver un gran número de casas y lo que parecían cuatro iglesias; las mismas que según había leído existían en el pueblo del Castellar: San Pedro, San Miguel, la ermita de Santa María Magdalena y la ermita de Nuestra Señora del Rosario. ¡No podía ser! Se aproximó todo lo que pudo al cristal de la ventanilla para observar con detenimiento y entonces atravesaron una nube en forma de cúmulo que le dejó unos instantes sin la visión que ella estaba intentando identificar. Al salir de aquel hidrometeoro, perdió la orientación y fue incapaz de volver a distinguir aquel pueblo. Hasta llegó a pensar en decirle al piloto que diera la vuelta para poder observarlo de nuevo, pero sabía que más allá de parecer una enajenada nada más podía conseguir. Entonces pensó que posiblemente aquella visión fuera la misma que había tenido en sus sueños unos días atrás y se tranquilizó auto afianzándose en la idea de que lo ocurrido había sido un espejismo, aunque se recordara a sí misma que la mayor parte de las cosas de las que tenemos recuerdos distan mucho de la realidad sucedida.